

**Burckhardt y la forja de un imaginario:
España, la nación sin Renacimiento**

Ángel Gómez Moreno
(Universidad Complutense de Madrid)

A la memoria del maestro Andrés Soria Ortega

El suizo Jacob Burckhardt (1818-1897) merece un lugar destacado en los anales de la Historiografía por su seminal estudio sobre el Renacimiento italiano, *Die Kultur der Renaissance in Italien* (Basilea: Schweighauser, 1860), y un modelo de análisis, la *Kulturgeschichte* ('Historia de la cultura'), que, antecedentes aparte, le debe casi todo. Su acendrado positivismo le llevaba a peinar, de manera sistemática y exhaustiva, no sólo el terreno idóneo para la prospección de turno sino también sus alrededores e incluso parcelas distantes. Esa labor de acarreo de documentos de la más diversa índole era sólo el comienzo; tras ella, Burckhardt se hallaba en condiciones de abordar el asunto de su interés de una manera holística o comprensiva.

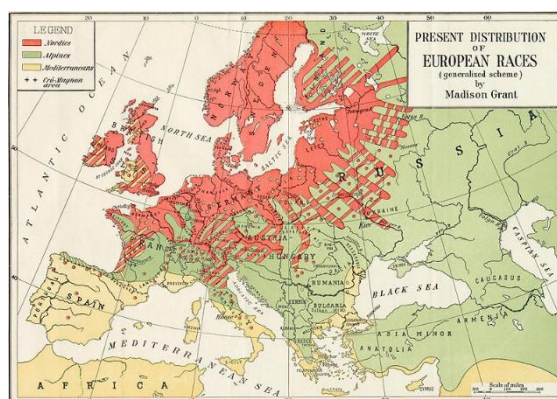
Con respecto a Burckhardt y su método, cabe decir que era todo lo contrario del relator que se pretende aséptico y se limita a agavillar datos para que, al menos en apariencia, sea el lector quien saque sus propias conclusiones. Tampoco se conformaba con cargar las tintas sobre determinados hechos o dar un ligero sesgo a la información para inducir, o al menos privilegiar, unas lecturas frente a otras. De manera inevitable, y página tras página, Burckhardt emite opiniones o, más propiamente, juicios de valor; y además lo hace de modo apodíctico, con un estilo asertivo que se apoya de continuo en frases lacónicas y categóricas.

Nada de posturas neutrales o equidistantes: Burckhardt toma partido y elogia o censura con arreglo a criterios estéticos y, sobre todo, morales. Las filias y fobias, sin apenas matices, salen a relucir a cada paso. Así las cosas, su admiración por el Norte de Italia, que considera la cuna y meca del Renacimiento, se convierte en algo bien distinto cuando baja a Nápoles o Sicilia; no obstante, mucho más radicales resultan sus juicios acerca de los agentes de la historia, ya se trate de pueblos o individuos. Al atender al origen y desarrollo del Renacimiento, Burckhardt sazona su libro con comentarios que le permiten marcar dos extremos o niveles en una escala en que ponderan en la misma medida la cultura y, en su sentido pleno, la idiosincrasia: de un lado, caen los civilizados alemanes; del otro, los inhumanos españoles.

Burckhardt, como tantos otros historiadores y antropólogos centroeuropeos, situaba el foco irradiador de la cultura occidental en torno a Alemania. Unos decían que el Renacimiento sólo fue posible cuando el genio italiano entró en contacto con el espíritu creador del pueblo alemán; otros, que sostenían que el fenómeno era tan alemán como italiano; en fin, tampoco faltaban partidarios de la postura más radical, que postulaba que el Renacimiento era eminentemente, si es que no estrictamente, germánico. En este caso, con la mirada fija en el Prerrenacimiento carolingio, se hablaba de una hegemonía cultural mantenida a lo largo de los siglos: una *translatio studii* definitiva que esperaba la correspondiente *translatio imperii*. Si bien se considera, esta creencia hubo de resultar determinante para la génesis y desarrollo del militarismo alemán de Bismarck en adelante.

Desde Alemania, Austria o Suiza, el septentrión italiano se veía como una prolongación natural del hogar de los germanos tras los Alpes. En el mapa de las razas europeas de Madison Grant, las cuatro barras rojas que atraviesan el norte de Italia y

detectan la presencia del tipo nórdico en la cuna del Renacimiento y el Humanismo y el Humanismo lo dicen absolutamente todo (Grant 273):



Fuera de la cornisa cantábrica, habitada mayoritariamente por individuos del tipo alpino, y al margen de unos cuantos puntos que corresponderían a poblaciones o repoblaciones con gentes del tipo nórdico (por ejemplo, en la Meseta Sur, se adivina la localidad jiennense de La Carolina, destino de numerosas familias alemanas en tiempos de Carlos III), el tipo mediterráneo predominaba en toda la Península Ibérica, como también en el Languedoc, la Provenza y la Italia meridional. El mismo color se aplica, sin distinción, al África mediterránea.

Grant coincidía con otros muchos antropólogos en su idea de que el tipo nórdico había sido el agente imprescindible de los prerrenacimientos medievales y el principal responsable de la transformación estético-cultural experimentada por Italia y Europa del *Trecento* en adelante. En atención a España, surgía la pregunta inevitable: ¿cómo se entiende que una nación apenas poblada y habitada por individuos de un tipo o subraza inferior logró mantener la hegemonía militar absoluta entre el fin del Medievo y las medianías del siglo XVII?

Para explicar esta aparente paradoja, Grant no dudó en apelar al tópico de que, mientras los valientes perecen en el campo de batalla, los cobardes sobreviven. Hitler se expresó del mismo modo cuando, a punto de caer Berlín, sus generales le rogaban que pusiese punto final a la sangría de la juventud alemana. En esas ocasiones, el Führer apelaba al mismo argumento: los mejores habían sucumbido ya, por lo que nada importaba el destino de los aún vivos. Por idéntica razón, los godos de España pagaron caro su coraje guerrero: la nación quedó en manos de una raza inferior, la ibérica, integrada por individuos más bajos y oscuros de piel, menos valientes y mucho menos inteligentes (Grant 192-193):

As long as this Gothic nobility controlled the Spanish states during the endless crusades against the Moors Spain belonged to the Nordic kingdoms, but when their blood became impaired by losses in wars waged outside of Spain and in the conquest of the Americas, the sceptre fell from this noble race into the hands of the little, dark Iberian, who had not the physical vigor nor the intellectual strength to maintain the world empire built up by this stronger race. For 200 years the Spanish infantry had no equal in Europe but this distinction disappeared with the opening decades of the seventeenth century.

Con respecto a España, Burckhardt se muestra aún más cicatero; de hecho, en los años que le interesan no reconoce virtud alguna, civil o militar, en los españoles. Ni en los adalides del final de la Reconquista ni en los aguerridos soldados de los Tercios Viejos percibe algo que pueda parecerse a nobleza, gallardía o valor. Los españoles eran

sanguinarios (de ello dejaron constancia allá donde fueron), presuntuosos (de ahí su obsesión por el linaje) y vagos (por lo que la debilidad de su economía debía tenerse por endémica e inevitable). En una fugaz alusión al carácter español, Burckhardt destaca su rechazo a toda actividad que suponga algún esfuerzo y su pasión por los títulos nobiliarios (Burckhardt 356). Por mucho que busquemos, no encontraremos nada diferente: ni siquiera el tono paternalista o condescendiente de quien, desde una superioridad manifiesta, opina sobre alguien otrora poderoso y hoy abatido.

A ese respecto, el *modus operandi* de Burckhardt —pues de eso se trata en definitiva— no tiene nada de extraordinario: es el mismo método de los antropólogos de antaño, que, al poner orden en las poblaciones o razas humanas, recurrían —consciente o inconscientemente, de forma abierta o subrepticia— a la tradicional *Scala Naturae* o cadena de los seres, con su orden o prelación. Huelga decir que, en lo más alto, estaba la raza blanca, europea o caucásica. Agrupados sus miembros en los tres grupos o tipos citados —nórdicos, alpinos y mediterráneos—, la prioridad absoluta correspondía a los primeros; en su seno, por ende, había que buscar los principales avances y logros de la civilización occidental. Este credo es consustancial al *nordicismo* y a los *nordicistas*.

El nordicismo tiene sus fundamentos en Joseph Arthur de Gobineau, un teórico mucho más leído en inglés que en francés. En concreto, *The Moral and Intellectual Diversity of Races* (Gobineau 1856) era objeto de apasionados debates por los años en que Burckhardt trabajaba en su *opus magnum*. La principal diferencia entre Gobineau y sus prosélitos estriba en que en su obra no hay señales de antisemitismo sino al contrario. Más sorprende su hispanofilia, que le lleva a manifestar su absoluta confianza en un resurgimiento español (141-142). En nota, por si alguno no salía de su asombro por su pronóstico de un futuro halagüeño para España, Gobineau añade: “This assertion will appear paradoxical to those who are in the habit of looking upon Spain as the type of hopeless national degradation.”

Si leyó, como creo, estas líneas (en versión inglesa, pues la alemana vio la luz en 1897), huelga decir que Burckhardt no las tuvo en cuenta. Por el contrario, aunque prefería hablar de naciones y no de razas (con excepciones, como en el caso de sus invectivas contra los españoles), el historiador suizo comulgaba con Gobineau en lo principal. ¿A qué viene, si no, su énfasis en que el Renacimiento italiano es fruto de las repúblicas del Norte? Como he señalado, el trato que dispensa a Italia difiere mucho según se trate de una región o localidad situada por encima o debajo de Roma. En ese sentido, las tesis de Burckhardt coinciden en lo que más importa con los postulados nordicistas.

El sustantivo abstracto y el calificativo valorativo, a los que apela de continuo, le sirven para explicar la Historia en clave moral y maniquea. Para Burckhardt, la crisis del Renacimiento la aceleró el Saco de Roma (1527), que abrió los ojos a cuantos aún creían en el sueño de Petrarca. Calla, sin embargo, que las tropas que llevaron todo el peso de la acción eran de procedencia alemana y suiza: los célebres lansquenetes. Sin ilusión ni ideales, con una Italia consciente de su debilidad y, por ello mismo, abatida, era la hora de la cruel España. Tras la Guerra de Nápoles, nadie dudaba de la maldad innata de sus naturales, a los que Burckhardt —aquí, sí, habla de raza— se refiere al final del capítulo “*Der Krieg als Kunstwert*” [‘La guerra como una obra de arte’] (que cito por la versión inglesa de S. G. C. Middlemore [1878], toda vez que la versión española es pésima):

Yet outrages like these were nothing compared with the misery which was afterward brought upon Italy by foreign troops, and most of all by the Spaniards, in whom perhaps a touch of Oriental blood, perhaps familiarity with

the spectacles of the Inquisition, had unloosed the devilish element of human nature.

Tras el Concilio de Trento, que en opinión de Burckhardt dejó el Renacimiento en simples rescoldos humeantes, estaba también España. Así las cosas, hablar de un Renacimiento español o de humanistas españoles era poco menos que una *contradictio in terminis*. En definitiva, Burckhardt estigmatiza a España y la condena a portar un sambenito del que, como iremos viendo, aún no se ha librado. Aunque el Renacimiento español fue esplendoroso y el Humanismo enraizó en España como en ningún otro lugar (al margen, claro está, de la Península de los Apeninos) y aunque la documentación que apoya tal opinión es sencillamente abrumadora, será difícil desenrocar a cuantos siguen aferrados a la “verdad” de Burckhardt.

Al respecto, cuenta mucho que *Die Kultur der Renaissance in Italien* haya guiado a varias generaciones de estudiosos; es más, aunque ha pasado más de siglo y medio desde su publicación, el de Burckhardt es un libro archiconocido al que antes o después van a dar cuantos profundizan en el estudio del Renacimiento y el Humanismo. No se trata, por tanto, de una obra superada o arrinconada, sino todo lo contrario, como ha dicho Olivier Burckhardt: “Burckhardt's key work on the Renaissance *The Civilization of the Renaissance in Italy* continues to be a watershed work” (250-256). Para muchos expertos, *Die Kultur der Renaissance in Italien* sigue siendo el primero de todos los libros sobre tan vasta materia, y no sólo por la fecha en que salió a la calle sino por su valor intrínseco. La comunión con Burckhardt más categórica de que tengo noticia se cuela de rondón en el libro más reciente de que me sirvo en este trabajo: “we are all in many ways still Burckhardtians” (Bartlett 7).

¿Cómo puede extrañar que el volumen *The Renaissance in Europe, I: The Impact of Humanism* (Kekevich) se abra con una revisión —en realidad, un discurso epidéctico— del libro de Burckhardt? Tampoco ha de llamar la atención que Leba Freedman, en *Classical Myths in Italian Renaissance Painting*, parta de una declaración de principios como ésta (15):

My work, like any scholarly work, is indebted to scholarship that have come before it. It is scarcely possible to understand research on mythological paintings by Italian artists without consulting the magisterial studies of Jacob Burckhardt, Aby Warburg, Erwin Panofsky, Fritz Saxl, E. H. Gombrich, and Jean Seznec.

Aunque buena parte del ideario de Burckhardt ha sido revisado en profundidad y muchos de sus postulados apenas si cuentan entre los especialistas —para ser más precisos, habría que decir “no deberían contar”—, la idea central que vertebra el libro y los basamentos sobre los que se apoya mantienen su vigencia. Lo peor de todo, como se ha visto, es su hispanofobia manifiesta, que tiene la culpa de que muchos consideren imposible o paradójico cualquier nexo entre la cultura hispánica y el Renacimiento en sus diversas manifestaciones.

En consonancia, Burckhardt silencia cualquier conexión cultural entre Italia y España, incluido el incesante trasiego de libros desde los talleres de los copistas italianos a las bibliotecas de los bibliófilos españoles. Con la imprenta instalada en ambas naciones, el libro español comenzará su penetración en Italia para satisfacer el apetito lector de los aficionados a la novela sentimental o, algo después, a los libros de caballerías. Si Burckhardt se interesa por los desplazados de una a otra nación es para dejar sentado que el trueque fue absolutamente desfavorable para Italia: a cambio de unos seres tan perversos como el clan de los Borgia o un tirano como Ferrante de Nápoles, España recibió al *noble* Cristóbal Colón, que trabajó para unos *desagradecidos* Reyes Católicos.

Al respecto, he de decir que la sorpresa de Burckhardt habría sido mayúscula de conocer el proceso incoado contra Colón por Pedro de Bobadilla en 1500. Había que armarse de coraje para plantar cara al Gobernador de las Indias y Almirante de la Mar Océana. Y tan mal debía de estar la situación que sus propios hombres dieron ese paso y lo denunciaron por avaro y cruel en grado sumo. Probados sus excesos, Colón fue desposeído de sus cargos y enviado a España para rendir cuentas ante los Reyes Católicos, que se apiadaron de su caída en desgracia y lo dejaron libre. Tras repasar el proceso (gracias a un documento del Archivo de Simancas), la figura de Colón queda muy mal parada, no así la de unos Reyes Católicos mucho más magnánimos que justicieros. De todo ello da fe el legajo 13 de la sección *Incorporado juro* del Archivo General de Simancas, que contiene una copia o traslado fechada entre 1504 y 1506 (véase Varela).

Sigamos, no obstante, con Burckhardt. El colmo nos aguarda allí donde afirma que, por imitar a los españoles, los italianos comenzaron a solucionar los problemas de celos y amoríos echando mano a la espada. Y al contrario (Burckhardt 436): “As the influence of Spain declined, their excesses of jealousy declined also, till toward the close of the seventeenth century they had wholly disappeared.” De ese modo, a poco de liberarse del yugo español, Italia pasó de la tragedia amorosa al amor frívolo y el *cicisbeo*. En este punto, si no antes, se cae en la cuenta de que Burckhardt lo desconocía prácticamente todo con respecto a España y su cultura; de hecho, cualquiera que se haya interesado por nuestra literatura dieciochesca sabe lo mucho que en ella importan el chichisbeo y la figura del cortejo o acompañante de damas.

En realidad, algo parecido hubo en el Medievo y hasta en nuestro Siglo de Oro, como vemos en los cancioneros tardomedievales (en que la dama es cantada, sin otra finalidad que disfrutar del placer de las trovas, como aclara el Marqués de Santillana en su *Loor a doña Juana de Urgel*: “Non se piensen nin pensedes // que vos fablo por amores, // mas porque vos mercedes // muy más insignes loores // que amor, gracias e mercedes.” (Kerkhof-Gómez Moreno 130). Lo mismo cabe decir de las musas (Filis, Lisis, Amarilis y demás ralea) que invaden la poesía italianizante desde la primera edición de Boscán y Garcilaso (1543). En fin, sabemos que, entre los siglos XVI y XVII, las historias de amor trágico mezcladas con problemas de honra u honor tomaron como modelo al italiano Matteo Bandello, que Cervantes hizo suyo en varias de sus *Novelas ejemplares*, en *La Galatea* y en el propio *Quijote*.

Llegados a este punto, apenas si llama la atención que Burckhardt culpe a los españoles y su Inquisición del abandono en Italia de todo un género dramático: la tragedia (“It was the Inquisitors and the Spaniards who cowed the Italian spirit, and rendered impossible the representation of the greatest and most sublime themes, most of all when they were associated with patriotic memories”, Burckhardt 317). Ante tal despropósito, sólo cabe pensar que Burckhardt desconocía a Calderón, a pesar de que en el siglo XIX gozaba de justa fama en Alemania por su habilidad para adentrarse por los vericuetos del espíritu. Más adelante, Burckhardt vuelve por sus propios pasos y culpa a esos mismos agentes —siempre los españoles y la Inquisición— de la censura literaria en sus más diversas formas y los presenta como los grandes enemigos de la ciencia. (Varios pasajes se recogen en Whitlock 205-206.)

Un año antes que el ensayo de Burckhardt había visto la luz el del alemán Georg Voigt, *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*, [‘La resurrección de la Antigüedad clásica o el primer siglo del Humanismo’] (1859). Con una sensibilidad filológica que se echa de menos en Burckhardt, el libro de Voigt presta atención primordial a la figura, obra y pensamiento de Petrarca, que le brindan las claves para entender el nacimiento, la evolución y

expansión del Humanismo italiano por Europa. Por desgracia, de esta obra se tradujo tan sólo la primera parte, y al francés (*Pétrarque, Boccace et les Débuts de l'Humanisme en Italie*, París: H. Welter, 1894); por ello, el libro de Voigt tuvo un consumo muy restringido, interno o local, y ejerció un influjo menor en la historiografía británica y norteamericana, que llevó la voz cantante en la segunda mitad del siglo XX.

Burckhardt dejó el terreno perfectamente abonado para otros investigadores, que acabaron segregando definitivamente a España del resto de Europa en el tránsito del siglo XV al XVI. De todos los nombres que cabe desgranar, el de John A. Symonds va por delante por su voluminoso e influyente *Renaissance in Italy*, que vio la luz en siete entregas (Symonds 1875-1886) y fue traducido mucho después al español (1957), ahora en dos gruesos volúmenes. A diferencia de Burckhardt, este estudioso dedica un buen número de páginas a España. En ellas, no faltan, aquí y allá, frases almibaradas; sin embargo, su opinión sobre los españoles no puede ser peor.

Symonds podía optar por envolver a España en un manto de silencio, como en su conferencia oxoniense *The Renaissance. An essay* (Symonds 1863). En *Renaissance in Italy*, su *modus operandi* es distinto por completo, ya que España aparece por doquier. En esas ocasiones, Symonds da una de cal y otra de arena, aunque lo aparentemente bueno nunca compensa lo mucho malo que queda dicho. Valga como ejemplo el que sigue, en que alude, por este orden, a Italia y España (Symonds 1875-1886, 2462):

It is the tragic history of the eldest and most beautiful, the noblest and most venerable, the freest and most gifted of Europe's daughters, delivered over to the devilry that issued from the most incompetent and arrogantly stupid of the European sisterhood, and to the cruelty, inspired by panic, of an impious theocracy. [...] When we use these terms to designate the Spanish race in the sixteenth century, it is not that we are ignorant of Spanish chivalry and colonizing enterprise, of Spanish romance, or of the fact that Spain produced great painters, great dramatists, and one great novelist in the brief period of her glory.

En la mayoría de las ocasiones, Symonds simplemente se deja llevar por un ideario en el que España viene a ser el Imperio del Mal. De ese modo, en el capítulo que dedica a la Inquisición y el *Index librorum prohibitorum*, la culpa de todo la tienen dos santos españoles y sus respectivas fundaciones: santo Domingo de Guzmán y los dominicos y san Ignacio de Loyola y los jesuitas. Por razón de espacio, me abstengo de comentar el impresionante introito a dicho capítulo, con el que Symonds pretende explicar el modo en que España se separó de Europa al inicio de la Era Moderna.

Junto al detalle minucioso, hay silencios inexplicables. En los índices, que dan una idea inmediata del enorme caudal de datos que maneja, sólo abundan las alusiones a los dos santos fundadores. Visto lo visto, nos habría hecho un favor olvidándose de ellos, como se olvida, diríase que por principio y, en todo caso, de manera inexplicable, de algunos españoles que tuvieron mucho que ver con la cultura italiana. En su extenso libro, hay espacio para Stendhal (a quien cita no una sino nada menos que diez veces), Balzac (en cinco ocasiones) e incluso para Sand. De ese modo, no extraña que se acumulen las alusiones a Shelley, Tennyson, Wordsworth e incluso a Whitmann. Lo que llama la atención es que, con relación a la materia de que se ocupa y frente a la lógica de la cronología, Milton (1608-1674) supere en citas a Cervantes (1547-1616), Reynolds (1723-1792) a Velázquez (1599-1660) e Isabel I de Inglaterra (1533-1603) a Isabel la Católica (1451-1504). En atención a esta última, es muy significativo que Burckhardt apenas diga nada.

Las modernas investigaciones de Álvaro Fernández de Córdoba Miralles, Nicasio Salvador Miguel, Teresa Jiménez Calvente y, modestamente, las de un servidor vienen poniendo de relieve el tremendo impacto político y cultural de los Reyes Católicos en

toda Italia, sobre todo cerca de la curia papal. Con respecto a Symonds hay que decir que, en su libro, se echan en falta figuras como la de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, cuyas proezas fueron alabadas por los poetas italianos en latín y romance. Al referirse al *tempietto* de Bramante, habría convenido recordar que es un homenaje al Príncipe don Juan, a quien Symonds no cita una sola vez. En fin, la figura del gran bibliófilo que fue Federico de Montefeltro, Duque de Urbino, se ilumina al leer la *vita* que le dedicó Vespasiano da Bisticci (enseguida me ocuparé de su ramillete de semblanzas) y contemplar el retrato atribuido al español Pedro de Berruguete, en el que posa junto a su hijo Guidobaldo y con uno de los códices de su rica biblioteca entre manos. Por supuesto, en vano buscaremos el nombre de este pintor palentino en los índices de Symonds.

Ante ausencias como las señaladas, no extraña que también olvide a Alfonso de Cartagena, que al menos debería figurar por su polémica con Leonardo Bruni con motivo de la traducción que éste hizo de la *Ética* aristotélica; que no aluda a Rodrigo Sánchez de Arévalo, alcaide del Castillo de Santangelo y fértil escritor en latín y vulgar; y que se le escapen los nombres de Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, que deberían constar, si no por otras razones, por su labor difusora de *Il Cortegiano* de Baldassare Castiglione. Llegados a tal punto, ni siquiera llama la atención que a Symonds le deje indiferente el éxito del *Amadís de Gaula* en Italia y Europa; que olvide el hecho de que el *Marco Aurelio* de Antonio de Guevara o la *Silva de varia lección* de Pedro Mejía fueron dos de los libros más vendidos en la Italia del siglo XVI; o que ignore —al menos, así lo parece— que, en el original español o en traducción, el lector italiano sucumbió al hechizo de *La cárcel de amor*, *La Celestina*, el *Lazarillo*... Nada de esto se refleja en la extensa aproximación de Symonds a la literatura italiana.

Frente a ese vapuleo permanente de España y los españoles (en su historia y, en otros casos, en su presente), en las primeras décadas del siglo XX Alemania continuaba cotizando al alza. Todo se debía a la erudición histórico-filológica de ese país, que hizo valer la idea de que el Renacimiento y el Humanismo eran fruto del estro germánico. Incubada en el siglo XIX, como ya hemos visto, esta idea tuvo formulaciones tan categóricas como la de Ludwig Woltmann en *Die Germanen und die Renaissance in Italien* (1905), donde dice que el Renacimiento no es la *Wiedergeburt* ('resurrección') de Grecia y Roma sino *das geistige Erwachen der germanischen Rasse* ('el despertar espiritual de la raza germánica'). Comparados, Carl Neumann, antes que él, y Arthur Moeller van den Bruck, más tarde, se quedaron cortos. Para explicar el fenómeno, Neumann, en "Byzantinische Kultur und Renaissance-kultur" (1903) se refiere a la conjunción de la cultura cristiana y el racionalismo innato del pueblo alemán; por su parte, Moeller van den Bruck, en *Die italienische Schönheit* (1913), habla de la confluencia del "plasma germánico" y el "karma toscano".

Tras lo ocurrido antes y durante la Segunda Guerra Mundial, los estudiosos alemanes se vieron obligados a limar su discurso. Casi todo se podó (para ver el punto exacto del que se partía, merece la pena repasar el libro de Stern, 1961, que dedica un tercio de sus páginas a Moeller van den Bruck); a pesar de ello, quedaron no pocos restos del antiguo lenguaje y pensamiento entre los historiadores más veteranos. Por ejemplo, la *Geschichte der römischen Literatur* de Bickel, el capítulo II ("Afinidad electiva entre el espíritu artístico de los griegos y de los alemanes") reza así (Bickel 1937, revisada en 1961 y traducida al español en 1987: 68-69): "Al comparar el espíritu artístico ático-helénico y romano-italico se robustece nuestra sensación de que precisamente aquellos tres signos distintivos del gran arte literario griego son también rasgos distintivos del alma alemana".

Los desvelos de los humanistas, como filólogos y como historiadores, por la Antigüedad están en la base de Renacimiento. Para comprender el fenómeno en toda su dimensión, hay que conocer la Italia del *Trecento* y seguir los pasos a Petrarca, que tenía en la recuperación del latín y los clásicos el primer punto de su ideario y su programa político. El nacionalismo de Petrarca le llevaba a soñar con la unidad de la Italia que había de resurgir, la única nación que podía proclamarse legítima heredera del Imperio romano. El resultado de sumar los *disiecta membra* de la Italia contemporánea era uno solo para Petrarca: Roma y nada más que Roma. En consonancia, en su fase más temprana, el Humanismo y el Renacimiento trecentistas, como ideario y estilo de vida, interesaron exclusivamente a los italianos. Lo formidable es que, a pesar de ello, antes de cambiar de centuria, el Humanismo y el Renacimiento hubiesen iniciado su imparable expansión por Europa. Si así ocurrió fue porque los intelectuales europeos cayeron en la cuenta de que, despojados de aquello que pudiera estorbar, el Humanismo y el Renacimiento italianos se aclimataban a la perfección en cualquier lugar y ofrecían un extraordinario rendimiento en términos político-culturales más que estrictamente culturales.

Burckhardt ignoraba que la cultura española fue la primera en dar acuse de recibo al Renacimiento italiano; es más, ahora sabemos con seguridad que desde los años de los prehumanistas paduanos, activos en torno a 1300, los contactos de España con Italia fueron cada vez más frecuentes y la relación más estrecha. De ese modo —y, a este respecto, la dependencia ha de considerarse un mérito—, la cultura italiana dejó una huella indeleble en la cultura española: lenta y tímidamente en el siglo XIV, con un empuje sostenido y manifiesto en el siglo XV, y de forma arrolladora al llegar al siglo XVI. El platonismo, el petrarquismo y el bucolismo son tres marcas que delatan la deuda adquirida; en la corte de los Reyes Católicos, pero también en las cortes nobiliarias y eclesiásticas, fueron varios los eruditos italianos que se hicieron hueco como maestros de latinidad, mientras en las aulas compartían espacio con algunos españoles formados en Italia. Sobre las artes plásticas, no hace falta desgranar nombres y más nombres: si antes he recordado el caso de Berruguete, con el antes y el después de su paso por Italia, ahora me basta recordar a Tiziano, pintor de la cámara real.

Burckhardt silencia esta relación privilegiada entre Italia y España. No es el único error de bulto en su libro: la brevedad de la nómina de que se sirve (en la que, por supuesto, no hay españoles) desvirtúa el fenómeno al no dimensionarlo en sus justos términos o, lo que es lo mismo, al no dar una idea cabal de su magnitud. En fin, matar el Humanismo y el Renacimiento antes del Concilio de Trento es un dislate, con Ariosto y Sannazaro aún activos y tiempo antes de que triunfe Tansillo en Italia o de que Fray Luis cultive la oda horaciana. Por esas fechas, Europa entera se hallaba enredada en el texto griego de Dioscórides y sus naturalistas se devanaban los sesos para encajar algunas especies vegetales del Nuevo Mundo, como el ponzoñoso estramonio, mientras a otras les daban nombres de plantas ya conocidas (la piña tropical por su parecido con el fruto del pino y el pimiento por picar como la pimienta); por esos años, también, el valenciano Miguel Servet descubría la circulación de la sangre, mientras las Ciencias y las Humanidades recibían aportaciones sin fin. El atlas de anatomía de Andrés Vesalio (*De humani corporis fabrica*, de 1543) lograba sepultar para siempre las xilografías del *Fasciculus Medicinae* de Johannes Ketham (1491). Reveladoramente, Vesalio dedica la obra a Carlos V, como luego dedicará la edición escolar a su hijo, el futuro Felipe II.

Tengamos en cuenta que, de manejar la cronología de Burckhardt, la nómina de humanistas internacionales —no sólo españoles— se reduce a su mínima expresión. A la luz de estos datos, no me atrevo a suscribir la hipótesis de Helene Wieruszowski, que sostiene que Burckhardt trazó su libro con la vista puesta en las *Vite degli uomini illustri*

dal secolo Quindici de Vespasiano da Bisticci (véase Wieruszowski). De ser como esta estudiosa postula, el desprecio hacia los españoles se habría atemperado hasta el punto de resultar imperceptible. Si así me expreso es porque Vespasiano dejó constancia de la buena opinión que le merecían los naturales de España (castellanos, aragoneses y portugueses), a los que dedica varios retratos exentos (Gomez Moreno 1999). Quienes abordaron el fenómeno eran burckhardtianos en mayor o menor medida, como Eugène Müntz, cuya *Histoire de l'art pendant la Renaissance* (Müntz 1889-1895) potenció la idea de que la conciencia individual la descubrió el hombre renacentista, lo que le impulsó a descubrir el mundo que lo rodeaba.

Durante un siglo largo, nada cambió en lo que a España se refiere. Sólo el italiano Mario Schiff, discípulo de Alfred Morel-Fatio y admirador confeso de Marcelino Menéndez Pelayo, puso los cimientos necesarios para situarla en el lugar más ajustado a la realidad histórica. *La Bibliothèque du Marquis de Santillane* (Schiff 1905), un formidable estudio de la cultura nobiliaria en la Castilla del siglo XV, basado en los códices de los Duques de Osuna-Infantado, debería haber servido para poner coto a muchos excesos y atajar supuestas verdades que en realidad no lo eran; sin embargo, este trabajo sólo recibió la atención que merecía varias décadas después de ver la luz. A este respecto, nada importa que el libro fuese reseñado por tres maestros en letras hispánicas, autoridades indiscutibles en sus respectivas naciones (Menéndez Pidal 1908; Farinelli 1905, 1906 y 1929; y Cirot 1907).

Formado en Italia y Francia, los modelos de Schiff, recién señalados, están en la dedicatoria: “À M. Alfred Morel-Fatio, qui m’a fait connaître l’Espagne, et à D. Marcelino Menéndez y Pelayo, qui me l’a fait aimer, je dédie ce livre”. Acaso ese amor declarado por España explique la asepsia con que Schiff (que pronto abandonó los estudios hispánicos para ocuparse de la literatura francesa del Renacimiento y el *Grand Siècle*, y también de la literatura belga contemporánea) presenta su documentación, rigurosa, apabullante e incontestable; en él, desde luego, no actúa como lastre el patriotismo exacerbado que, entre los años del *Risorgimento* y los de la integración de la Italia irredenta, despertó el amargo recuerdo de la ocupación española. Para los garibaldinos primero y luego para los camisas negras, en la pluma del gran Benedetto Croce o en el imaginario del pueblo llano, España era la única culpable de que la nueva y gran Italia estuviese aún *in fieri*.

Los escritos de Croce son inmisericordes con la cultura española, como vemos en las tempranas *Ricerche ispano-italiane* (Croce 1889-1891) y, sobre todo, en sus pesquisas posteriores, que fue acomodando en el interior de *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza* (Croce 1917). En su condena de España, pueden tanto o más los argumentos morales que los culturales o los estéticos. De modo hartamente revelador, el capítulo VI, titulado “La protesta della cultura italiana contro la barbarica invasione spagnuola” (98-121), queda en la cornisa o cabecera como “Cultura italiana e barbarie spagnuola”; en ese preciso apartado, Croce afirma que la presencia española en Italia supuso la vuelta a un pasado que se creía sepultado para siempre: “il medioevo che risorgeva con fresche forze sul sacro suolo d’Italia contro la rinascenza e l’umanesimo” (107). En fin, al valorar el fenómeno de un modo global en “Conclusione: la decadenza ispano-italiana” (241-254), Croce se siente impelido por el amor patrio:

Pure, l’epoca che ora si apre, e della quale abbiamo descritto il periodo delle origini, é reputata una delle piu infelici della storia d’Italia, paragonabile in certa guisa alla fine di Roma e agli effetti delle invasioni barbariche: l’epoca dalla metà del secolo decimosesto ai cominciamenti del decimottavo, dalla pace di Château-Cambrésis alla guerra per la successione di Spagna, in cui mancò in Italia ogni vita politica e sentimento nazionale, la libertà di pensiero

fu spenta, la cultura impoveri, la letteratura si fece manierata e golfa, le arti figurative e architettoniche imbaroechidrono. E la Spagna è considerata non solo accompagnatrice, ma autrice di questa decadenza.

En el entorno del primer Marqués de Santillana, y guiado por el prólogo de José Amador de los Ríos a su edición de las obras completas del noble castellano (Amador de los Ríos 1852), buscó Bernardo Sanvisenti la información primordial para su libro *I primi influssi di Dante del Petrarca e del Boccaccio sulla letteratura spagnuola* (1902). La obra de este hispanista de primerísima época fue elogiada por Schiff en una nota de su valiosa introducción a *La Bibliothèque...* (lxxxii); por el contrario, Farinelli, en distintos lugares de *Italia e Spagna* (Farinelli 1929), muestra no pocas discrepancias respecto del ensayo de Sanvisenti. Es por Schiff por quien Farinelli manifiesta una admiración que, a la vista de sus méritos, merecía indiscutiblemente (al respecto, todo se aclara en Gargano).

El camino trazado por Schiff era el más indicado para valorar la magnitud y la naturaleza de la cultura castellana y española del Cuatrocientos. Por desgracia, pasaban los años y nadie recogía el relevo y profundizaba en el círculo cultural de los Mendoza; nadie tampoco se interesaba por el importante fenómeno de la traducción, por la aclimatación de los géneros renacentistas (los discursos, las epístolas y los diálogos, a los que hay que unir otros géneros renovados, con la historiografía en primer lugar), por los contactos personales entre la intelectualidad española y los humanistas italianos, etc. De seguro, un título tan certero pero tan poco atractivo como el que Schiff puso a su libro no hubo de hacerle ningún favor: tenía aspecto de catálogo de un antiguo fondo español y, además estaba escrito en francés. Creo no equivocarme al afirmar que la obra tuvo escaso eco fuera de un círculo muy restringido, formado mayoritariamente por expertos en la cultura española del siglo XV.

La publicación de la magnífica monografía de Rafael Lapesa sobre el Marqués de Santillana (1957) incitó a leer a Schiff, que no sólo aporta claves que permiten entender la obra literaria de don Íñigo López de Mendoza sino que arroja un poderoso haz de luz sobre aspectos de particular importancia para comprender el desarrollo cultural de Castilla, y pronto de España, en el siglo XV. Conscientes de ello, cada vez iban siendo más frecuentes las citas de *La Bibliothèque...*, hecho éste que no escapó a la atención de cierto editor holandés que acabó publicando un facsímil de la obra (Ámsterdam: Gerard Th. Van Heusden, 1970), un libro que, por cierto, resulta tan difícil de encontrar como el propio original. Desde finales de los cincuenta para acá, el libro de Schiff ha guiado los pasos de numerosos investigadores (entre ellos, quien suscribe), desde el interés por don Íñigo López de Mendoza, su biblioteca, su círculo de amigos y familiares o su empresa cultural, si es que no con miras más amplias. En la nómina que voy formando en mi memoria, la delantera la llevan los hispanistas británicos y, junto a ellos, unos cuantos especialistas españoles, agujoneados directa o indirectamente por Francisco Rico.

Entre los expertos británicos interesados en el siglo XV (Peter Russell, Brian Tate, Alan Deyermond, Nicholas Round, etc.), *La Bibliothèque...* se convirtió, más que en una referencia inexcusable, en un libro de culto. De su consulta, y del posterior rastreo de pistas en los fondos de la Colección de Osuna-Infantado, resulta una larga relación de trabajos sobre la materia que nos ocupa; además, gracias a varias figuras-puente (como Julian Weiss o Jeremy N. H. Lawrance) esta línea de investigación jamás se ha cerrado sino que ha venido a reforzar las poderosas corrientes de estudios sobre el Cuatrocientos español que han ido surgiendo por doquier. Pero no adelantemos materia. Basta recordar que, desde el desacuerdo con una de las propuestas más sugerentes de Schiff (la de que, tras la alusión del Marqués de Santillana a un familiar que le

compraba libros en Italia, hay que ver a Nuño de Guzmán), Jeremy N. H. Lawrance proyectó su tesis doctoral sobre Nuño de Guzmán, que marchó a Italia y trabó amistad con Giannozzo Manetti (*Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti*, Salamanca: Diputación de Salamanca, 1989). De la relación entre ambos personajes quedan varias pruebas, entre ellas el manuscrito del *Liber de illustribus longevis*, que Nuño regaló a su padre, Luis de Guzmán, maestre de la Orden de Calatrava, para que le perdonase por haber partido sin su permiso (doy cuenta de ello en Gómez Moreno 1994, 228-229, donde identificó el códice en cuestión).

Tras redactar las líneas previas, a uno le apetecería concluir que el error de apreciación queda corregido y el problema resuelto, pero no es así. Por desgracia, el ideario básico de Burckhardt, de una manera u otra, sigue vigente entre cuantos, al margen del Hispanismo, se interesan por la Historia de Europa entre los siglos XV y XVI. La culpa, sin lugar a duda, es nuestra por lo mucho que se tardó en corregir las afirmaciones inexactas y tendenciosas del suizo. La reacción inicial debía haber llegado desde las filas del Hispanismo nacional e internacional. En concreto, era a nuestros especialistas en Medioevo tardío y temprano Renacimiento a quienes tocaba demostrar que los ritmos de la cultura española coincidieron, también en este caso, con los de Europa. A ese respecto, la labor de Menéndez Pelayo pudo servir de guía, al menos al comienzo; sin embargo, su marginación por razones ideológicas (del “martillo de herejes” a muchos molesta hasta su estatua a la entrada de la Biblioteca Nacional) dio al traste con esta posibilidad. Por otro lado, a los propios investigadores españoles se les iba con frecuencia la mano al cargar las tintas sobre eso que ahora llamamos el “hecho diferencial” español (véase Gómez Moreno 2010.)

A la idiosincrasia española se venía refiriendo, desde su particular enfoque, Ramón Menéndez Pidal, que andado el tiempo recogió sus ideas en dos reveladores ensayos: *Los españoles en la historia* (1947) y *Los españoles en la literatura* (1949). En ambos casos, don Ramón hace del misoneísmo, esto es, del rechazo de todo lo que huele a nuevo, y del tradicionalismo, o amor por lo heredado, dos tendencias innatas de los españoles con reflejo en su arte. El peligro de ambos trabajos es evidente: al atender a lo supuestamente peculiar o distintivo, puede darse en el exceso de segregar la cultura española de la europea, frente al parecer del propio don Ramón.

A ese punto llegó uno de sus discípulos más brillantes y originales: Américo Castro. Al finalizar la Guerra Civil, don Américo partió al exilio. Tras una estancia en Buenos Aires, emigró a los Estados Unidos. Allí, desde su cátedra de Princeton, desarrolló una ambiciosa teoría que cuajó en *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (Castro 1948), luego transformada en *La realidad histórica de España* (México: Porrúa, 1954), con dos ediciones revisadas y ampliadas (1954, 1962 y 1966). Sabido es que, en su etapa norteamericana, Castro marcó distancias respecto de los estudios de su etapa primera o española, cuando perseguía poner de manifiesto los vínculos culturales que unen a España con el resto de Europa. Ahí está *El pensamiento de Cervantes* (Castro 1925), seminal estudio del que, reveladoramente, su autor acabó renegando.

Faltaba trazar la historia cultural de España en los años que interesan. En particular, había que dar con los documentos que probasen los vínculos que la unieron a Italia entre el *Trecento* y el *Cinquecento*; y los que la unieron con Europa entre el Prerrenacimiento carolingio y el Renacimiento propiamente dicho. Sólo así se podía neutralizar a Burckhardt y a Symonds. Como he dicho, no cabía delegación ninguna: era a los hispanistas (tanto a los nacionales como a los internacionales), a los latinistas y a los helenistas españoles a quienes, en primer término, correspondía acometer una empresa tan necesaria como urgente. Las defensas singulares no bastaban. Enfrente

tenían no a un individuo o a un pequeño grupo sino a miles de estudiosos apenas familiarizados con nuestra cultura y marcados por los prejuicios de Burckhardt y Symonds; por ello, el impresionante artículo-reseña de María Rosa Lida de Malkiel a Gilbert Highet, en que esta estudiosa crítica que apenas se atiende a España en *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature* (1949), no fue suficiente para poner las cosas en su lugar (Lida 1951).

Antes había que colmar las lagunas manifiestas de ese y otros libros (Sandys; Bolgar) que atienden a la presencia de los clásicos greco-latinos —que constituyen el indicador más fiable del estado en que se halla la cultura europea en un momento dado (como señalara Haskins 93)— entre el Medioevo y el temprano Renacimiento; de otro modo, la ausencia de datos, debida exclusivamente a que no se habían llevado a cabo los rastreos necesarios, seguiría siendo la prueba irrefutable de que España no marchaba al mismo ritmo que el resto de Europa. Ése ha sido el objetivo de varios de mis trabajos (sobre todo, en Gómez Moreno 1994).

Hacía falta que alguna autoridad en la materia dejase este asunto resuelto de una vez por todas. Por fortuna, esa función le correspondió a Paul Oskar Kristeller, el eminente profesor de Columbia University, cuyos rastreos le permitieron formarse una idea muy precisa del papel desempeñado por España en la cultura europea de los siglos XIV y XV. Por desgracia, sus certeras pinceladas (como las relativas a la Biblioteca de la Catedral de Burgo de Osma, que por sí sola le servía para confirmar hasta dónde había calado el Humanismo italiano en tierra española) no bastaban para desmentir a Burckhardt y Symonds; por desgracia también, el libro que demostraba que ambos se habían equivocado al marginar a España tardó mucho en aparecer: son los tomos 4 y 6 de *Iter Italicum* (Kristeller 1989 y 1992), repletos de referencias bibliográficas, testigos mudos de la rica cultura peninsular del siglo XV.

Este repaso permite concluir que la vindicación de España desde dentro y, sobre todo, desde fuera del Hispanismo es un fenómeno muy reciente. De los esfuerzos para enmendar ese error inducido ha dado cuenta Ottavio di Camillo. Discrepancias aparte (en realidad, lo son sólo de detalle), su estupenda revisión ayuda a determinar la naturaleza, la magnitud y el alcance del fenómeno. Este estudioso acierta al estrechar lazos entre España y la Italia de los humanistas, y da también en la diana al subrayar el carácter internacional del Humanismo (Di Camillo 2010, 57):

Spanish humanism cannot be considered separate from a historical phenomenon that involved most of the European cultures of the time. Though the movements revealed itself in a variety of national manifestations, their similarities were far greater than their differences.

Por desgracia, todos los libros y muchos de los artículos revisados por Di Camillo han sido escritos por españoles, para españoles y en español. Ciertamente tampoco faltan nombres foráneos, pero pertenecen en su mayoría a expertos en cultura española o hispano-latina, que rara vez se aventuran fuera de su ámbito. En las contadas ocasiones en que esto ha ocurrido, ha sido en respuesta a la invitación cursada por algún estudioso ajeno a la especialidad. Se titule director, coordinador o editor, siempre se trata de alguien bien informado, libre de prejuicios, abierto de mente y deseoso de abordar el asunto como se precisa: en toda su amplitud y con un enfoque paneuropeo. Según mi cómputo, esto ha ocurrido sólo en tres ocasiones.

La primera corresponde al extenso panorama de Albert Rabil, *Renaissance Humanism. Foundations, Forms, and Legacy*, que incluye un capítulo sobre España a cargo de Ottavio di Camillo (Di Camillo 1988). Una segunda nos remite al magro, pero sustancioso, volumen de Anthony Goodman & Angus Mackay, *The Impact of Humanism on Western Europe*, en que Jeremy N. H. Lawrance se ocupa de la Península

Ibérica (Lawrance 1990). La última la encuentro en el panorama de David Rundle, *Humanism in Fifteenth-Century Europe*, donde de nuevo Lawrance atiende al caso español, más particularmente al castellano (Lawrance 2012). En fin, “Humanismo en España”, a cargo de Alejandro Coroleu, es un capítulo de *Introducción al humanismo renacentista* (Coroleu 1998) que en vano buscaremos en el original del que parte: *The Cambridge Companion to Renaissance Humanism* (Cambridge: University Press, 1996), coordinado por Jill Kraye. Se trata, y el hecho no puede ser más revelador, de un añadido de la versión española por sugerencia de su editor, Carlos Clavería.

La retrospectiva, en lo hasta aquí visto y en lo que resta, muestra un panorama desolador para el especialista en cultura hispánica. Y no me extraña. ¿Qué puede —me pregunto— un centenar escaso de páginas frente a la inmensa bibliografía generada por Burckhardt y Symonds, con todo su ramaje y hojarasca? Ni siquiera cuando se abraza la teoría evolutiva —que aparta el foco de Italia y lo sitúa sobre Francia—, España mejora en consideración. Basta repasar el opúsculo del sueco Johan Nordström (1933), que se adelantó a todos en la defensa de esta idea, para comprobar que España no aparece ni siquiera en los márgenes. Para corregir la enorme injusticia que, en su opinión, se cometía con Francia por simples “préjugés historiques”, Nordström arranca del Prerrenacimiento del siglo XII; sin embargo, de España sólo le importa la ciencia árabe, que los franceses y otros europeos fueron a buscar a la Península. ¿A alguien le extraña que fuese precisamente Italo Siciliano quien saliera al paso de Nordström? Su defensa de las tesis de Burckhardt —y es algo que tampoco sorprende— está tintada de amor patrio (Siciliano 1936).

Por su parte, la breve guía de George C. Sellery (1950), falla cuando, movido por la mejor intención, pone a Madrid entre las primeras ciudades europeas con imprenta. Esa afirmación tiene sentido en el caso de una treintena de poblaciones españolas, pero no en el de Madrid, que tuvo su primer taller de impresor en fecha tan tardía como es 1556. Tampoco se muestra certero al engastar cierta frase en el vacío: “Spanish art in the period of Velasquez, indeed, regained its freedom” (224). ¿Con quién, cuándo y de qué modo perdió nuestro arte la libertad de la que, aparentemente, gozaba en el pasado? ¿Y cómo es que la recuperó con Felipe IV? No creo que Quevedo, con este monarca, fuese más libre que Cervantes con Felipe II o Felipe III; ni se me ha ocurrido pensar que los determinantes ideológicos de Lope de Vega sean distintos bajo Felipe II, Felipe III o Felipe IV.

Si, entre otros libros, comento éste en concreto es, sobre todo, porque —¡oh sorpresa mayúscula!— dedica un epígrafe nada menos que a nuestro Arcipreste de Hita. “Juan Ruiz” se titula precisamente un breve excursus de dos páginas. Al verlo, uno recela y se teme lo peor. Por desgracia, pronto se cae en la cuenta de que ni mucho menos estaba equivocado. De hecho, si Sellery saca a colación nuestro *Libro de Buen Amor*, es para demostrar que el realismo artístico no es necesariamente un signo de modernidad, esto es, una prueba irrefutable de que los ideales renacentistas han calado en una obra, en un autor o en una literatura nacional. El realismo del Arcipreste de Hita, a quien Sellery considera nada menos que “progenitor of the picaresque novel”, le sirve como prueba irrefutable de que la correlación a más realismo más modernidad no es en absoluto cierta, ya que, según él, no hay obra más medieval que ésta.

Hoy sabemos que Sellery se equivoca de plano al ver una antigualla en el *Libro de Buen Amor*, acaso guiado por quien ha calificado al Arcipreste de Hita de “goliardo tardío” o, desde la orilla opuesta, de “finisterre de toda juglaría”. Son sólo prejuicios sin mayor fundamento; de hecho, el importante trabajo de Cuartero (2004), que parte de una nota mía (Gómez Moreno 1994), demuestra que la obra está trufada de sentencias tomadas del *Compendium moralium notabilium*, que Geremia da Montagnone, uno de

los intelectuales más activos del círculo de Padua, escribió algo antes de 1310 (es la fecha propuesta por Lines). Si tenemos en cuenta que el *Libro de Buen Amor* va doblemente fechado en 1330 y 1342, queda claro que Juan Ruiz estaba al tanto de lo que se cocinaba en los modernos fogones del Prehumanismo italiano. En concreto, el *Compendium* importa porque en su interior viajan fragmentos de Catulo, Marcial y Horacio, tres autores de los que por aquel entonces se sabía poco o nada.

Vengamos a la bibliografía reciente para comprobar que España aún tiende a eclipsarse en el ensayo divulgativo del aficionado a la historia o en el del historiador profesional, que atienden al Renacimiento en su cuna italiana y se interesan por su posterior expansión europea. Es lo que sucede en el caso de Paul Johnson, divulgador y ensayista de culto, cuyo *The Renaissance* (2000) apenas si presta atención a España; al respecto, su apéndice bibliográfico —del que depende al cien por ciento, pues jamás ha investigado sobre la materia— lo aclara todo. En su marginación de lo español (debidamente, antes de nada, a un desconocimiento que se trasluce por sus silencios y varios errores de bulto), se vislumbra una auténtica declaración de principios sobre qué es la cultura occidental y quiénes han sido y continúan siendo sus transmisores y garantes. En un nuevo libro sobre el asunto, William Caferro (2011) se pregunta si es más correcto hablar de *Early Modern Period* o de Renacimiento, al tiempo que revisa los orígenes del fenómeno en Francia, Alemania y Gran Bretaña. España, al contrario, no aparece ni en los márgenes. ¿No tendrá la culpa Burckhardt? Creo que sí, toda vez que, para Caferro, es una *auctoritas* irrefutable.

También responde a la lógica de todo el proceso que aquí denuncio que alguien tan bien informado y digno de confianza como Anthony Grafton, en *The Classical Tradition* (Grafton, Most y Settis 2010), incluya una sola ficha referente a España: la correspondiente a Pablo Picasso. Del genial artista, que aparece sin su primer apellido, Ruiz, se vela su cuna, aunque era español por los cuatro costados; de hecho, su apellido más exótico le venía de su madre: la andaluza María Picasso López, sobrina del célebre general Juan Picasso González (cuya fama deriva de haber redactado el Informe Picasso, en que se ponían al descubierto las causas del Desastre de Annual). La españolidad de Picasso, que aquí se obvia (mientras en España el apellido es característicamente malagueño, en los Estados Unidos los varios cientos de individuos así llamados pertenecen, sin una sola excepción, a la difusa comunidad hispana), no es sólo un accidente o anécdota: el dato resulta fundamental para entender la totalidad de la obra picassiana.

Llegados a este punto, parece como si nada se hubiese movido desde los tiempos de Hans Wantoch y su *Spanien, das Land ohne Renaissance* [‘España, la nación sin Renacimiento’] (1927). ¿Cabe arreglo a tamaño destrozo? ¿Hay manera de convencer a los colegas de áreas vecinas para que, en su aproximación al Renacimiento europeo, le reserven a España el espacio que justamente merecen? Ciertamente, la consulta de las grandes obras de referencia, como el *Iter Italicum*, en papel (Kristeller 1989 y 1992), y las bases de datos correspondientes a las distintas literaturas románicas peninsulares en *Philobiblon* (Faulhaber, coord., 1989 y ss.) sirve para tal propósito. Como digo, el contacto con las fuentes primarias demuestra —por medio de un positivismo incontestable— que, desde el mismísimo siglo XIV, el Renacimiento y el Humanismo italianos echaron raíces en España antes que en ninguna otra parte y, además, a mayor profundidad.

Por fortuna, este hecho también se pone de relieve en los grandes diccionarios especializados, como los siete estupendos tomos de la *Encyclopedia of the Renaissance* (Grendler 1999), como el vademécum *L’Europe des humanistes (XIVe-XVIIe siècles)* (Maillard *et al.* 1995) y, sobre todo, como el imprescindible *Diccionario Biográfico* y

Bibliográfico del Humanismo Español (siglos XV-XVII) (Domínguez Domínguez 2013). Aún cabe esperar que los expertos en cultura hispánica se aventuren fuera de su ámbito y, a ser posible, publiquen algunos de sus trabajos en inglés, ya que el hecho de estar escrito en español tiene la culpa de que, fuera de España e Hispanoamérica, apenas se conozca el breve pero excelente panorama —en realidad, es poco más que un folleto— de Fernández Gallardo 2000.

Paro aquí este recorrido, en el que he dejado aparte toda referencia a la Reforma religiosa, entre los inicios de la *devotio moderna* o del franciscanismo cuatrocentista y la obra de Miguel de Molinos; por ello, no han salido a relucir grandes entre los grandes como Marcel Bataillon, Dámaso Alonso, Eugenio Asensio o Miquel Batllori, que acabó por ampliar tanto su objeto de estudio como el ámbito de sus pesquisas. Del mismo modo, he silenciado hasta aquí algunas investigaciones señeras, como las realizadas, entre los años cuarenta y cincuenta, por José Antonio Odriozola sobre Nebrija (este abogado, experto en camelias y antiguos impresos [véase Odriozola 1946], aportó los basamentos que se echan en falta en las monografías, bien escritas y llenas de ideas penetrantes, del padre Félix G. Olmedo), por Andrés Soria Ortega sobre los humanistas italianos y españoles en el entorno de la corte napolitana (particularmente, en Soria Ortega 1956) y por José López de Toro (cuya traducción del *Epistolario* de Pedro Mártir de Angleria destaca en el conjunto de su labor, López de Toro 1953-1955).

Llegados a este punto, no preciso explicar por qué me complace tanto cierta alusión fugaz de Wilfried Stroh en un libro que está causando furor en todo el mundo y que cuenta con la correspondiente traducción al español. Me refiero a *El latín ha muerto, ¡viva el latín!*, donde leo (Stroh 229): “No sólo había mujeres educadas en los dos países centrales del humanismo, España e Italia [...]”. Muy agradecido, profesor Stroh.

Obras citadas

- Amador de los Ríos, José. *Obras de Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, ahora por primera vez compiladas de los códices originales, e ilustradas con la vida del autor, notas y comentarios*. Madrid: Imprenta de la calle de San Vicente, 1852.
- Bartlett, Kenneth R. *A Short History of the Italian Renaissance*. Toronto: University of Toronto Press, 2013.
- Bickel, Ernst. *Geschichte der römischen Literatur*. Heidelberg: Carl Winter, 1937 (2ª ed. 1961). [Versión española, *Historia de la Literatura Romana*. Madrid: Gredos, 1987.]
- Bolgar, R. R. *The Classical Heritage and its Beneficiaries*. Cambridge: University Press, 1954.
- Burckhardt, Jacob. *Die Kultur der Renaissance in Italien*. Basel: Schweighauser, 1860. [Versión inglesa de S. G. C. Middlemore, *The Civilization of the Renaissance in Italy*. Nueva York: Haper & Brothers, 1878.]
- Burckhardt, Olivier. "Jacob Burckhardt", *Contemporary Review* 271 (1997): 250-256.
- Caferro, William. *Contesting the Renaissance*. Malden, Ma-Oxford: Wiley-Blackwell, 2011.
- Castro, Américo. *El pensamiento de Cervantes*. Madrid: Anejos de la Revista de Filología Española, 1925.
- *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Losada, 1948.
- *La realidad histórica de España*. México: Porrúa, 1954 (ediciones revisadas y ampliadas de 1962 y 1966).
- Cirot, Georges. "La Bibliothèque du marquis de Santillane. Paris, Bouillon, 1905", *Bulletin Hispanique* 9 (1907): 312-314.
- Coroleu, Alejandro. "Humanismo en España", en Carlos Clavería, ed. *Introducción al humanismo renacentista*. Cambridge: University Press, 1998. 295-330.
- Croce, Benedetto. *Ricerche ispano-italiane*. Nápoles: Stab. Tipografico della Regia Università, 1889-1891.
- *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*. Bari: Gius. Laterza & Figli, 1917.
- Cuartero, Pilar. "La Paremiología en el *Libro de Buen Amor*", en Bienvenido Morros y Francisco Toro eds., *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, y el "Libro de Buen Amor"*. *Congreso Internacional del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Alcalá la Real, 9-11 de mayo del 2002*. Alcalá la Real: Ayuntamiento de Alcalá la Real-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004. 215-234.
- Di Camillo, Ottavio. "Humanism in Spain", en Albert Rabil Jr., ed. *Renaissance Humanism. Foundations, Forms, and Legacy*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1988. 2, 55-108.
- "Fifteenth-Century Spanish Humanism: Thirty-Five years Later", *La corónica: A Journal of Medieval Hispanic Languages, Literatures, and Cultures* 39 (2010): 19-66.
- Domínguez Domínguez, Juan Francisco. *Diccionario Biográfico y Bibliográfico del Humanismo Español (siglos XV-XVII)*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2013.
- Farinelli, Arturo. "La biblioteca del Santillana e l'umanesimo italo-ispánico". *Giornale storico della Letteratura italiana* 5 (1905): 161-177; [luego en *Bullettino della Società Dantesca Italiana* 13 (1906): 270-277; y luego, muy ampliado, en *Italia e Spagna*, I, 387-425].
- *Italia e Spagna*. Turín: Fratelli Bocca, 1929.

- Faulhaber, Charles B., coord. *Philobiblon* Berkeley: University of California, 1989 y ss. [<http://bancroft.berkeley.edu/philobiblon/>]
- Fernández Gallardo, Luis. *El humanismo renacentista: de Petrarca a Erasmo*. Madrid: Arco Libros, 2000.
- Freedman, Leba. *Classical Myths in Italian Renaissance Painting*. Cambridge: University Press, 2011.
- Gargano, Antonio. "Arturo Farinelli e le origini dell'ispanismo italiano", en *Atti del congresso L'apporto italiano alla tradizione degli studi ispanici. Nel ricordo di Carmelo Samonà (Napoli, 30 e 31 gennaio, 1 febbraio 1992)*. Roma: Instituto Cervantes, 1993. 55-70.
- Gobineau, Joseph Arthur de. *The Moral and Intellectual Diversity of Races*. Philadelphia: J. B. Lippincott & co., 1856.
- Gómez Moreno, Ángel. *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*. Madrid: Gredos, 1994.
- "Los intelectuales europeos y españoles a ojos de un librero florentino: las *Vite* de Vespasiano da Bisticci (1421-1498)", *Studi Ispanici*, n. extraordinario: *Italia y la literatura hispánica* (1997-1998) [1999]: 33-47.
- "Cultura medieval y materia artúrica", artículo-proemial, *La caballería medieval. eHumanista* 16 (2010): xcv-cx.
- Grafton, Anthony, Glenn W. Most y Salvatore Settis. *The Classical Tradition*. Cambridge: Harvard University Press, 2010.
- Grant, Madison. *The Passing of the Great Race or the Racial Basis of European History*. New York: Charles Scribner's Sons, 1918 (1ª ed. 1916).
- Grendler, Paul F. dir. *Encyclopedia of the Renaissance*. New York: Charles Scribner's Sons, 1999.
- Haskins, Charles H. *The Renaissance of the Twelfth Century*. Cambridge: Harvard University Press, 1927.
- Hight, Gilbert. *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*. Oxford: University Press, 1949.
- Johnson, Paul. *The Renaissance*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2000. [Versión española: *El Renacimiento*. Barcelona: Mondadori, 2001.]
- Kekevich, Lucille. ed., *The Renaissance in Europe, I: The Impact of Humanism*. Oxford: Open University, 2000.
- Kerkhof, Maxim P.A.M. & Ángel Gómez Moreno eds. Marqués de Santillana, *Poesías completas*. Madrid: Castalia, 2003.
- Kristeller, Paul Oskar. *Iter Italicum: Accedunt Alia Itinera: a Finding List of Uncatalogued or Incompletely Catalogued Humanistic Manuscripts of the Renaissance in Italian and other Libraries*. Londres-Leiden: The Warburg Institute-Brill, IV, 1989, y VI, 1992.
- Lapesa, Rafael. *La obra literaria del Marqués de Santillana*, Madrid: Ínsula, 1957.
- Lawrance, Jeremy N. H. *Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1989.
- "Humanism in the Iberian Peninsula", en Anthony Goodman & Angus Mackay eds. *The Impact of Humanism on Western Europe*. London-New York: Longman, 1990. 220-258.
- "Humanism and the Court in Fifteenth-Century Castile", en David Rundle ed. *Humanism in Fifteenth-Century Europe*. Oxford: Society for the Study of Medieval Languages and Literature, 2012. 175-201.

- Lida de Malkiel, María Rosa. “La tradición clásica en España”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 5 (1951): 183-224.
- Lines, David A. “Sources and Authorities for Moral Philosophy in the Italian Renaissance: Thomas Aquinas and Jean Buridan on Aristotle’s Ethics”, en Jill Kraye y Risto Saarinen eds. *Moral Philosophy in the Threshold of Modernity*. Dordrecht: Springer, 2005. 7-29.
- López de Toro, José ed. Pedro Mártir de Angleria, *Epistolario*. Madrid: Góngora, 1953-1957.
- Maillard, J.-F., et al. *L’Europe des humanistes (XIVe-XVIIe siècles)*. París-Tournhout: CNRS-Brepols, 1995.
- Menéndez Pidal, Ramón. “A propósito de *La Bibliothèque du marquis de Santillane*, por Mario Schiff”. *Bulletin Hispanique* 10 (1908): 397-411.
- *Los españoles en la historia: cimas y depresiones en la curva de su vida política* [en origen, introducción al volumen I de *Historia de España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1947]. IX-CIII.
- *Los españoles en la literatura* [en origen, capítulo introductorio a Guillermo Díaz Plaja. *Historia General de las Literaturas Hispánicas*. Barcelona: Barna, 1949, XIII-LIX, con el título de “Caracteres primordiales de la literatura española, con referencia a las otras literaturas hispánicas, latina, portuguesa y catalana”].
- Moeller van den Bruck, Arthur. *Die italienische Schönheit*. München: Piper, 1913.
- Müntz, Eugène. *Histoire de l’art pendant la Renaissance*. Paris: Librairie Hachette, 1889-1895.
- Neumann, Carl. “Byzantinische Kultur und Renaissance-kultur”, *Historische Zeitschrift* 91 (1903): 215-232.
- Nordström, Johan. *Moyen Âge et Renaissance*. Paris: Librairie Stock, 1933.
- Odriozola, Antonio. “La caracola del bibliófilo nebrisense”. *Revista de Bibliografía Nacional* 7 (1946): 3-114.
- Sandys, John. *A History of Classical Scholarship*. Cambridge: University Press, 1908.
- Sanvisenti, Bernardo. *I primi influssi di Dante del Petrarca e del Boccaccio sulla letteratura spagnuola*. Milano: Hoepli, 1902.
- Schiff, Mario. *La Bibliothèque du Marquis de Santillane*. Paris: Bouillon, 1905. [Facsimil: Ámsterdam: Gerard Th. Van Heusden, 1970.]
- Sellery, George C. *The Renaissance. Its Nature and Origins*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1950.
- Siciliano, Italo. *Medio Evo e Rinascimento*. Milano: Soc. Edit. Dante Alighieri, 1936.
- Soria Ortega, Andrés. *Los humanistas de la corte de Alfonso el Magnanimo (según los epistolarios)*. Granada: Universidad de Granada, 1956.
- Stern, Fritz R. *The Politics of Cultural Dispair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology*. Berkeley-Los Ángeles-London: University of California Press, 1961.
- Stroh, Wilfried. *Latein ist tot, es lebe Latein! Kleine Geschichte einer großen Sprache*. Berlin: List, 2007 [Versión española: *El latín ha muerto, ¡viva el latín! Breve historia de una gran lengua*. Barcelona: Ediciones del Subsuelo, 2012.]
- Symonds, John A. *The Renaissance. An essay*. Oxford: Henry Hamman, 1863.
- *Renaissance in Italy*. London: P. Smith, 1875-1886. [Versión española, *El Renacimiento en Italia*. México: FCE, 1957.]
- Varela, Consuelo. *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*. Edición y transcripción de Isabel Aguirre. Madrid: Marcial Pons Historia, 2006.
- Voigt, Georg. *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*. Berlin: Georg Reimer, 1859.

- *Pétrarque, Boccace et les débuts de l'Humanisme en Italie*. Paris: H. Welter, 1894.
- Wantoch, Hans. *Spanien, das Land ohne Renaissance*. München: Georg Müller, 1927.
- Whitlock, Keith. "Anti-Spanish Propaganda", en Peter Elmer ed. *The Renaissance in Europe. Challenges to Authority*. New Haven-London: Yale University Press-The Open University, 2000.
- Woltmann, Ludwig. *Die Germanen und die Renaissance in Italien*. Leipzig: Thüringische Verlagsanstalt, 1905.
- Wieruszowski, Helene. "Jacob Burckhardt (1818-1897) y Vespasiano da Bisticci (1422-1498)", en Edward Mahoney ed. *Philosophy and Humanism. Essays in Honor of Paul Oskar Kristeller*. New York: Columbia University Press, 1976. 387-405.